

ESTA tarde de alcohol y misticismo
la mesa de camilla nos reúne;
su oscura intimidad gozan las piernas,
dialogan las rodillas en su idioma.
Las cartas del tarot, desparramadas,
nos dicen que el futuro se retrasa.
También lo callan, juntos, nuestros labios.

Incienso y gregoriano nos acercan
al dios que unos minutos es el otro.
Caen ropas al son de las caricias.
Sobre la alfombra son prendas vacías,
unida vestimenta de un cuerpo tan sólo:
el nuestro que ahora está, nuevo Narciso,
amándose a sí mismo sobre el lecho.

(de *El árbol de la vida*)

QUIERO entrar en el claustro callado de tu vientre,
ser la luz que traspase su hondo compás, abriendo
la vela que lo tiñe con tonos irreales
de esa luz amarilla que se posa en las losas
de mármol que vetean mil hilos de tu sangre.
Quiero colmar mi sed de luz siempre fogosa,
beber en la honda fuente que en tu interior rezuma.
Quiero dormir mi luz en tu quietud sin nadie.
En tu oscura soledad quiero poder ser sombra.

(de *El árbol de la vida*)

A NADA le encontramos el sentido.
Creemos entonces que el mundo está mal hecho
y vamos por ahí con nuestras quejas
diciendo que la vida es algo horrible.

Así es, es cierto, hasta que un día
del todo diferente a los demás
en unas piernas de mujer se hace palpable
la tersa perfección de lo creado.

¿Dijimos que la vida es algo horrible?
La mano, acariciando, se retracta
en nombre de la boca que desea
reparar con el beso su blasfemia.

(de *Bajo otra luz*)

DOS VERSIONES DE UN MISMO POEMA

I

Tu mano desolada en el andén,
tu cuerpo en el andén, en la estación,
en esa ciudad gris que detrás queda,
en un país que estuve aquel verano
más breve que los otros de mi vida.
Allí regresa a veces mi memoria
volviendo a los lugares y a los hechos:
las cerradas cortinas, y tu blusa
de par en par abierta a nuestro amor,
aquel sonrojo tuyo al desvestirte,
aquella inexperiencia deliciosa.
Y fue sencillo al fin eso de amarse,
y aún mucho más bello descubrir
que fuimos más humanos desde entonces,
que fuimos desde entonces más divinos
unidos o escindidos, como ahora.
Y tres años después de aquella historia
de épica de besos y paces de mordiscos,
montado en este tren sobre raíles
que son labios que no encuentran su beso,
observo este vagón de pasajeros:
asientos vacíos, estatuas huecas
de tu ausencia, que nunca me abandona.

II

Península brumosa, en la tristeza,
en cinco finisterres el adiós.

(de Bajo otra luz)